

CONTESTACION A JORDI PALAFOX

JOSE MORILLA CRITZ
Universidad de Alcalá

En el momento de la presentación de la *Revista de Historia Económica* se puso de manifiesto la intención de la Secretaría de Redacción de convertir la sección de «Recensiones» en una tribuna para el debate. Es este espíritu, al que me siento especialmente vinculado como miembro de la Redacción, el que me lleva a hacer algunas precisiones a la recensión que el profesor Palafox hace de mi libro *La crisis económica de 1929* (que aparece en la sección «Recensiones» de este mismo número, página 365).

Antes que nada, deseo expresar la satisfacción personal porque uno de los mejores especialistas españoles del tema, como es el profesor Palafox, haya asumido la tarea de hacer una cuidada recensión de este libro mío y que resalte en él algunos de sus principales logros y la relevancia del trabajo en el panorama de nuestra literatura de divulgación histórico-económica, que en este tema, como en otros muchos de historia mundial, se abastece fundamentalmente de traducciones de obras escritas hace tiempo.

Pero creo necesario hacer al menos dos grupos de precisiones a sus matizadas pero contundentes críticas:

El primero afecta a la aparentemente desacertada selección del sostén empírico de algunos razonamientos. Pues bien, en los dos casos que cita el profesor Palafox, para ser exactos debería de reconocer que los datos aportados se interpretan en un contexto de comportamiento de otras variables que explícitamente se expresa en la exposición. Así, por lo que hace al cuadro 4.7 (p. 98) ilustra, entre otros, el siguiente párrafo: «Además, a pesar de su menor ritmo de crecimiento, [en el párrafo anterior se está hablando del ritmo de crecimiento de la producción mundial] los productos agrícolas no escaparon a la general debilitación de los precios que se dio en el período para el conjunto de la producción. Por ello, se puede hablar de depresión de la agricultura en todos estos años» (p. 97). Ello, aparte de la consideración general que ha de tenerse en cuenta en cualquier interpretación de series, sobre el nivel previo del que parten las que comparamos en un tramo determinado. En este sen-

tido, los productos de base habían sufrido ya una caída mucho más profunda en el quinquenio inmediatamente anterior.

Por lo que hace a los datos sobre la evolución de los salarios reales (páginas 107 y 108) y las conclusiones que de ellos se extraen, se interpretan en las páginas que el profesor Palafox cita (105-111) en íntima relación con otros elementos: situación del paro (en este sentido, aparte de las consideraciones cualitativas y cifras entre el texto en diversas ocasiones, previamente se habían reflejado índices de ocupación en el cuadro 4.1 —p. 88—), exceso de capacidad en sectores anticuados, descenso de la tasa de inversión, etc.

Así, pues, lo que se ha hecho ha sido dosificar la información numérica y cualitativa, condición absolutamente imprescindible en una obra que, si quiere salir de los círculos eruditos y mantener el interés del lector, no puede ser ni un repertorio comentado de fuentes cualitativas ni mantener un discurso formalizado para economistas, dando por sobreentendidos y conocidos los datos de la realidad. Pero nunca se ha renunciado a ofrecer el razonamiento completo, lo que en limitadas ocasiones, por la forzada brevedad de la obra, puede dar la impresión de una cierta precipitación al lector que la contempla con ojos más críticos y, por tanto, con una mayor exigencia de matizaciones. Valga esto para el caso de los problemas de la economía francesa, cuya discusión está, por supuesto, en el grado de importancia a dar a las afirmaciones sobre las deficiencias de las mismas.

El otro grupo de precisiones se refiere a las discusiones planteadas en torno a las causas que determinaron la entrada de la economía mundial en la crisis y la precipitación en la gran depresión. El libro combina, en lo que podría ser un mínimo esqueleto, y porque me parece correcto hacerlo así, la acción de fuerzas que actuaron a largo plazo, que pueden emparentarse, por un lado, con las de M. Dobb y, por otro, con las de Kindleberger y, a medida que se sitúa la acción en la economía de EE. UU. en los años treinta, las visiones monetaristas de Friedman y Schwartz y las basadas en los problemas de la balanza real de P. Temin y S. Labini, aun cuando no dejo de inclinarme claramente por estas últimas.

Pero una obra de este tipo no puede ser exclusivamente una plataforma para una argumentación, ventajosa para el autor, frente a quienes vayan a ella a aprender sobre unos hechos, que tal vez solamente relacionaban hasta entonces con el paradigma de la quiebra de *Wall Street*. He asumido el riesgo de combinar en un espacio limitado, y con un lenguaje no excesivamente formalizado, los elementos de una explicación, porque la creo acertada, en la que se entrelazan los problemas de balanza real, los errores —y sus razones— de la política monetaria, el apego —y sus razones— a ideas económicas rituales y los problemas que algunos llamarían «estructurales». Son temas que han dado lugar, y siguen dando lugar, ciertamente a muchos libros especializados,

algunos de ellos recopilativos, como el de P. Fearon, y que precisamente por ese sesgo casi exclusivamente recitativo de posiciones dispares no puede tampoco llenar las aspiraciones de muchos lectores. Además, hay un aspecto de la discusión que conviene resaltar: la dificultad reconocida por algunos especialistas, pero no por otros, en demostrar la importancia relativa de las variables que consideran involucradas en su modelo de explicación de la crisis; tal es el caso de P. Temin, que ha sido recogido por el propio Palafox en una publicación que puede permitirse dejar las cosas más imprecisas y comprometerse menos que lo que a mí me critica («La crisis de los años treinta: sus orígenes», *Papeles de Economía Española*, 1980).

En consecuencia, me parece que el profesor Palafox ha analizado este libro con algo de la precipitación que él mismo le achaca, no porque no le haya prestado atención, sino porque tal vez ha buscado en él directamente aquello a lo que el libro tenía que renunciar, no sin cierto riesgo en la selección, si quería hacer un servicio a los lectores y estudiantes españoles, interesados en tener una visión «moderna» del tema sin excesivos requerimientos, pero desearios de no recibir argumentos puramente *ad auctoritatem*. Ahora bien, el que este riesgo se pueda asumir es porque, a otro nivel, puede haber debate entre historiadores económicos españoles sobre el tema.